

tigar toda acusacion personal, todo cargo, por legítimo que sea, contra la autoridad, hecho en un sermón ó en una pastoral. ¡ Cuántos abusos no hay que solo el periodismo puede remediar! ¡ Cuántos poderes opresores, á quienes él solo puede intimidar! ¡ Cuántas instituciones útiles á la religion, cuyo planteamiento solo él puede promover, cuya ruina puede impedir él solo! ¡ Y esto por la sola autoridad de una palabra firme, pública, infatigable, y sobre todo, siempre sincera! ¡ Qué mas se necesita para que, atendido su objeto, deba el periodismo religioso ser tenido por una especie de apostolado! »

» Y si consideramos ahora la índole de sus tareas, ¡ cuánta semejanza no ofrece con las de los ministros de la palabra divina! A la manera que ellos, por su número, por su riqueza y por todo lo que constituye los medios humanos, es menos fuerte que sus adversarios, á quienes tiene siempre sin embargo en alarma; á la manera que ellos, protege al débil contra el poderoso, y al humilde contra el soberbio; á la manera que ellos, combate las malas pasiones, y al combatirlas, muchas veces las subleva contra sí mismo, sin haber medio de que los enemigos de Dios no echen mano para imponerle silencio. »

No son estos los únicos pasajes de su libro en que el Sr. Parisis proclama sus simpatías por el periodismo religioso, hasta el punto de contar la fundacion de un diario que sea verdaderamente católico, entre las obras piadosas mas aceptas, sobre todo, en estos tiempos, á la religion. En verdad que si grato nos es pensar que el exacto conocimiento que aquel prelado tenia de nuestra empresa y nuestras mas intimas convicciones, en nada habia disminuido su confianza, debemos, sin embargo, confesar que esa mision santa, indicada por tan ilustre obispo á simples seglares como nosotros, nos infunde bastante mas temor que estas otras alharacas y contorsiones de teólogos descontentadizos, que apenas parecen conceder á un seglar el derecho de persignarse en público. Cuando una y otra vez recorremos las páginas del Sr. Parisis, nos espanta nuestra inmensa responsabilidad; pero cuando oimos á estos teólogos, la suya es la que nos da cuidado; pues que en resumen no otra cosa quieren ni pretenden sino echar por tierra esta obra auxiliar del apostolado, que tantos encomios merece á uno de nuestros mas venerables prelados, deseoso de propagarla y multiplicarla.

Nos estan echando en cara sin cesar las faltas del periodismo religioso, ó para hablar mas claro, las faltas del *Univers*; como si ellos mismos estuvieran exentos de la flaqueza humana, como si alguna vez no se engañasen, y cometieran tambien faltas los periódicos en que ellos escriben. El Sr. Parisis les da una leccion de justicia y de modestia, cuando al hacer sus reprimendas dirigidas á todo el mundo, dice que las faltas, por otra

parte disculpables de los escritores *en nada disminuyen la utilidad ni la necesidad de la obra que han emprendido.* » Por ventura, dice, ¡ cuál es el pastor de almas que no tiene algun cargo que hacerse á sí mismo por la manera con que desempeña las funciones de su sagrado ministerio? Y porque Dios haya encargado de dispensar sus gracias á hombres frágiles, se ha de pretender que las faltas cometidas por su fragilidad recaigan sobre el ministerio que ejercen? »— Asi habla el obispo que mejor ha estudiado la cuestion de la prensa religiosa seglar: compárese ahora su lenguaje con el interesado clamoreo que sin cesar levantan contra ella, por una parte los incrédulos á quienes estorba é incomoda; por otra los *políticos* descritos por Bourdaloue, cuyas combinaciones desbarata, y por último esos doctores y mercenarios del particularismo, á quienes tanto alarman las *corrientes de opinion* que van á Roma, es decir, á la unidad.

Vamos ahora á otro punto que interesará especialmente al Sr. Gaduel, en su calidad de gran cazador de heregias, y tan mal avenido con los seglares que no tienen autoridad para tratar de los intereses de la Iglesia, ni aun para estudiar los problemas políticos en aquellas profundidades donde la teología domina todas las cuestiones humanas. Cuenta que este parece ser el crimen cometido por el Sr. Donoso, y de rechazo por el Sr. *Veuillot*, y á la postre por el *Univers*: á todos tres les muestra el Sr. Gaduel abiertas la pavorosas simas del error, en que necesariamente ha de hundirse todo el que no haya estudiado á Witasse y á Billuart, cuando menos. El Sr. Parisis trata la cuestion sobre este punto en la segunda parte de su opúsculo *Del periodismo en la Iglesia*: si el Sr. Gaduel encuentra que el sabio prelado tiene aquí la manga ancha, cuenta suya será, que no nuestra.

Después de haber fijado el derecho inconcuso de enseñar que tiene la Iglesia, se pregunta el Sr. Parisis cómo la Iglesia considera al periodismo, y se responde así: « La iglesia no ve en el periodismo sino una de las formas con que puede espresarse el pensamiento humano: ahora bien, la Iglesia no condena la forma, en que el espíritu humano espese su pensamiento, sino el pensamiento mismo, cuando es contrario al divino enseñanza; pero cuando es ortodoxo, no se cura de la forma bajo la cual se produce, sino que aprueba, estimula, bendice la difusion de la verdad en todos los idiomas, aun los mas incultos, bajo todos los símbolos, aun los mas vulgares, y por todos los medios, aun los mas opuestos algunas veces á lo que el mundo llama sabiduría, con tal de que nada tengan de contrarios á la moral ni á la verdadera sabiduría segun Dios. »

Rogamos de paso al Sr. Gaduel que tenga presente este pasaje para cuando nos toque justificar nuestra empresa de la *Biblioteca Nueva*, en que está inclusa la obra del Sr. Donoso Cortés, y contra la que tanta ira muestra el buen teólogo. »

El Sr. Parisis continúa: «A los ojos de la fé, como á los del sentido comun, un periódico no se diferencia de otras publicaciones, sino en que llega á manos del lector en hojas sueltas, en lugar de llegarle bajo la forma de libro: en cuanto á la publicacion diaria y continua de estas hojas, nada tiene en sí de reprehensible; y la Iglesia, que se va siempre al fondo de las cosas, juzga un escrito no por el modo con que se publica, sino por las doctrinas que contiene. Si las doctrinas son buenas, lo aprueba; si son malas, lo condena, como á cualquier otro escrito. Por consiguiente, para averiguar si el periodismo en sí tiene derecho á intervenir en los asuntos de la Iglesia, no hay que examinar otra cosa sino hasta qué punto la Iglesia puede permitir á los redactores de periódicos religiosos que compongan y publiquen, bajo otra forma cualquiera, escritos sobre las mismas materias que en sus periódicos tratan. *Esta es toda la cuestion; y cuanto para estraviarla se alegue, es completamente infundado, al menos en principio.*»

Para resumir todavía mas la cuestion, el Sr. Parisis advierte una cosa que nuestros adversarios olvidan, á saber: «Que aun los eclesiásticos mismos que escriben en periódicos, como quiera que al hacerlo no obran en virtud del sagrado carácter que los reviste, ni *para ello han recibido mision alguna de la Iglesia*, no son, bajo este respecto, ni mas ni menos que *escritores puramente seglares.*» De donde se sigue que si á nosotros se nos niega derecho para hacer un periódico, no hay mas remedio que negárselo tambien á los eclesiásticos que nos anatematizan.

Los escritores seglares, según el Sr. Parisis, no tienen ciertamente mision de los Apóstoles: pero tienen la de todos los cristianos, la que á todos da la comunión del Espíritu Santo para el bien de todos. Con este motivo, recuerda á San Justino, á Atenagoras, á Clemente de Alejandría, seglares, y á Arnobio cuando aun era simple catecúmeno: los cuales todos publicaron sus primeros escritos en pro de la religion, sin que á nadie le ocurriera decir que no tenían mision para ello: tambien anuncia á de Maistre, á Bonald, y aun á Chateaubriand, como acreedores á la gratitud de todos los católicos. El riesgo de que se aventure alguna espresion poco exacta no asusta al Sr. Parisis hasta el punto de espeluznarlo; porque sabe que, bendiciendo y todo los esfuerzos de los seglares que la defienden, la Iglesia se reserva siempre la facultad de señalar los errores en que puedan incurrir. «Por lo demás, añade, los sacerdotes se hallan bajo las mismas condiciones en este punto, y ello al cabo no han salido siempre los heresiarcas de la clase de los simples seglares.» A esto pudiéramos añadir nosotros que por regla general, siempre que los seglares han incurrido en algún error grave ó leve, no se han mostrado ciertamente rebeldes á la correccion. Que se cite sino el escritor religioso seglar que en nuestros

dias haya compuesto no ya un libro sino un simple artículo de periódico contra las decisiones del *Indice romano*. «No es, pues, de modo alguno necesaria, concluye el Sr. Parisis, una mision especial para tener el derecho de escribir ó de obrar en pro de la religion; bastando, como basta, conocer bien la santa causa que se va á defender, y con esta condicion pueden hacerlo los seglares, como lo han hecho siempre.»

Apesar de que seamos tan temerarios y vituperables para el Sr. Gaduel, no nos negará que vista esta decision de tan ilustre prelado, tanto el Sr. Donoso Cortés como nosotros hemos podido creernos en nuestro derecho. Y todavía se convencerá mas y mas de esto el Sr. Gaduel cuando vea en aquel libro las consideraciones y los datos en cuya virtud, reconociendo á los seglares derecho para tratar hasta cierto punto de los negocios de la Iglesia, se lo aconseja el Sr. Parisis como el cumplimiento de un deber, reiterandoles aquellas rigurosas palabras que poco antes habia dirigido al Sr. conde de Montalembert: «No os dejeis intimidar por los obstáculos, ni seducir por concesiones á medias, ni desalentar por los reveses. Tened entendido que vuestros disgustos mas acerbos no os vendrán de vuestros adversarios naturales; recordad sino lo mucho que San Pablo tuvo que sufrir de sus compatriotas y de sus falsos hermanos, *periculis ex genere... periculis in falsis fratribus* (II Cor., XI, 26). Pero, aun durante la vida terrena, llegará el dia de la justicia, y toda la vergüenza será entonces para los ciegos y los cobardes; para todos los hombres de corazon y de fé la gloria y la recompensa.»

Se nos objetará tal vez que desde 1847 acá han sucedido muchas cosas, y que los periodistas religiosos han cometido faltas de que el Sr. Parisis no los hubiera creído capaces. Por lo que á nosotros toca, sabido es el público testimonio de su aprecio que juntamente con otros prelados, se dignó otorgarnos há seis meses el Sr. obispo de Arras, que en esta materia piensa lo mismo que el Sr. Parisis. Vea el Sr. Gaduel cómo desde 1847 estaban ya previstas y apreciadas por este todas esas criticas en su justo valor. «Dicese que la mayor parte de escritores que se meten á hacer artículos llamados religiosos en los periódicos, como faltos de todo estudio de teología, se exponen á comprometer á cada momento las eternas verdades sobre que disertan con gran daño de la religion. Dicese ademas que los periodistas, como principalmente dados á las cuestiones de actualidad, mezclan siempre las personalidades en las cuestiones mas abstractas por sí mismas, suscitando por este hecho nuevos enemigos á la sagrada causa que parecen defender.»

Justamente los argumentos del Sr. Gaduel: y todavía el Sr. Parisis entra en pormenores mas profundos y especifica puntos mas delicados, en que, sin negar nunca al periodismo todo género de intervencion y de

debate, le traza sin embargo ciertos y determinados límites, fijando de una *manera clara sus derechos y sus deberes*. Esta ojeada libre y extensa, que aquel sábio y prudente maestro echa desde la cima de la verdadera ciencia sobre el conjunto y las tendencias del movimiento intelectual de nuestros días, creemos acabará de demostrar la superioridad que respecto de la teología de aula tiene la que nos tomamos la libertad de llamar teología política y práctica.

«1.º El abuso de un derecho no destruye su existencia. Es, por tanto, evidente que todo católico tiene derecho á rechazar, por los medios que estime mas oportunos, el error reconocido como tal, y á profesar su fé en escritos, siempre que lo juzgue útil á si mismo ó á los demas, á menos que la Iglesia no le imponga silencio.»

«2.º Tanto para combatir el error como para profesar la verdad, es obligación de los seglares prestar su concurso al clero cuando este no baste. Y es evidente que el clero no es bastante hoy para redactar todos los periódicos religiosos actuales y futuros, no siendo tampoco posible, como no lo es, atendido el presente estado de cosas, que el clero tome sobre sí la responsabilidad moral de aquellos periódicos.»

«3.º La ignorancia en materia de religion, y la indiferencia, que es su inevitable resultado, constituyen sin duda las dos plagas mas funestas de nuestra época actual. Y es evidente que *nada en nuestros días es mas á propósito para conjurarlas, á la larga cuando menos, en las masas*, que el periodismo religioso; pues sin él, la mayor parte de las cuestiones católicas que deben ser planteadas y resueltas en el mundo, no serian ni aun planteadas; y con él serán necesariamente estudiadas; lo serán, primero, por los mismos escritores seglares, que si en un principio pueden cometer alguna torpeza, como que al cabo han de necesitar del auxilio y las luces del clero, llegarán á ponerse en estado de tratar todos los asuntos con conocimiento de causa; lo serán, despues, por los lectores seglares, que nunca habrian tenido valor para abrir un libro de teología, pero que verán con gusto alguna discusion teológica, cuando se les dá distribuida en columnas en un periódico: lo serán últimamente, por los mismos escritores adversarios, que forzados de cuando en cuando á mantener polémicas con los periódicos religiosos, se expóndrían á cometer inexactitudes vergonzosas si no estudiasen las doctrinas que quieren combatir.»

«Por tanto, la propagacion del periodismo verdaderamente católico da por natural y como inevitable resultado el encaminar los ánimos hácia un exámen cualquiera de nuestras santas doctrinas: y si se tiene en cuenta que precisamente la ausencia y el desamor á esta clase de estudios es la primera causa del materialismo grosero en que la

Francia ha caído; si es cierto, como lo es, que lo que importa á la religion es que se la conozca, dado que una vez conocida, por poca buena fé que en estudiarla se ponga, su estudio ha de enseñar á amarla primero, y á practicarla despues; si todo esto es evidente; ¿puede nadie extrañar que estimulemos con todo nuestro poder este medio tan poderoso que la divina Providencia nos ofrece para la regeneracion moral y cristiana de los pueblos?»

«Que tendrá inconvenientes el periodismo religioso: sin duda ninguna; ¿qué cosa no los tiene en este valle de lágrimas? Pero ¿qué importan algunos inconvenientes, puramente relativos á pormenores, en comparacion del inmenso resultado que nos prometemos?»

Nada creemos que se puede responder ni añadir á tan elocuentes palabras. Pero al mostrar á los escritores católicos la realidad de su derecho, y la esfera propia de su actividad, el Sr. Parisi no se ha descuidado en enseñarles tambien sus deberes, prescribiéndoles principalmente como tales dos condiciones comunes de que no deben estar faltos si no quieren comprometer la santa causa que defienden: estas dos condiciones son: 1.ª un completo desinterés tanto por lo respectivo al lucro material, como al amor propio: 2.ª abstenerse de todo cuanto no es propiamente del dominio de las discusiones públicas, ya sea en materias civiles, ya sean religiosas. En cuanto á la segunda de estas condiciones, ignoramos si alguna vez hemos faltado á ella: en todo caso justo seria fijar las cuestiones en que hayamos podido violarla, y de antemano estamos seguros de poder defendernos, aun sin necesidad de dejarmal á nuestros adversarios. Por lo que toca al lucro, tenemos nuestra conciencia segura. Por lo que toca en fin al amor propio, aunque el decir que no se tiene ninguno, es ya por sí solo una prueba de que se tiene en demasia, fuerza será convenir en que el nuestro no se apacienta de elogios, si se tienen presentes los continuos insultos que debemos á nuestros naturales adversarios, y los continuos ataques de los que debieran ser nuestros naturales amigos. Y al cabo, si estos últimos fueran siempre lo que hasta hoy han sido, nada nuevo tendríamos que añadir á nuestras cotidianas mortificaciones; pero euando vemos tambien á un sacerdote sabio, respetable y prudente tomar parte tan activa en aquellos ataques, y empeñarse en hacernos reos de unas cuantas docenas de heregias para tener el gusto de decir que comprometemos á la Iglesia; y aun no contento con esto, todavía nos persigue con sus diatribas, lo confesamos ingénuamente, no el amor propio, sino nuestro corazon de cristianos se siente mortificado y abatido; por mas que siempre nos quede el consuelo inmenso de creer que hacemos algun bien á la causa de nuestro Dios, que la caridad de nuestros padres vela por nosotros, y que si alguna vez en fin pudieramos incurrir en error,

tenemos para salir de él constantemente abierta la puerta ancha y gloriosa de una sumision ilimitada.

Antes de terminar este artículo y á riesgo de parecer obstinados en hacer gala de nuestro amor-propio, permitanos el Sr. Gaduel mencionar un elogio dirigido á toda la prensa religiosa y á nosotros á un tiempo mismo por persona que no puede ser sospechosa para nuestros adversarios, por el eminente sacerdote el Sr. Dupanloup, actualmente Obispo de Orleans.

En el mes de Octubre de 1848 se encargó el Sr. Dupanloup de dirigir el *Ami de la Religion*, ó mas bien, fundó este periódico, que estaba á la sazón agonizando. Rodeóse de redactores, en su mayor parte seglares, muchos de los cuales, y especialmente el encargado de la parte política, habian hecho largo tiempo sus pruebas en las columnas del *Univers*. Al anunciarse al público, rodeado de sus colaboradores, el Sr. Dupanloup hizo de ellos un elogio que estaba muy en su lugar; y si bien les daba, como era justo, el primer lugar entre los escritores religiosos de aquel tiempo, no dejó de mencionar honrosísimamente los demas periódicos católicos que á la sazón se publicaban. Ahora bien, estos periódicos católicos que entonces se publicaban, estaban reducidos al *Univers* y á la *Nueva Era*; pero, prescindiendo de que nuestras relaciones con el Sr. Dupanloup no nos dejaban duda de su benevolencia para con nosotros, la *Nueva Era* recién creada entonces tenia tendencias democráticas que el *Ami de la Religion* se proponia combatir: luego es evidente que á nosotros se referian entonces los elogios del Sr. Dupanloup. Nótese que todo esto sucedia en 1848, cuando ya habiamos cometido todas las faltas de que hoy se nos acusa, tratando todas las cuestiones en que hoy se nos moteja de incompetentes y temerarios, admirando el genio del Sr. DONOSO CORTÉS y manifestando sin rebozo nuestra aversion al espíritu pagano del *Renacimiento*: en fin, éramos entonces tan seglares y de opiniones tan pronunciadas como hoy; el Sr. Gaduel en nada habria encontrado variada nuestra fisonomía, sino es en que entonces aun no habiamos aguantado cuatro meses de injurias, de falsificaciones y de ataques de toda especie contra nosotros y nuestros amigos, como acabamos de sufrirlos hasta hoy, sin responder una palabra. Pues bien: hé aqui lo que entonces decia el Sr. Dupanloup.

«Ciertamente, *rendimos un profundo y simpático homenaje* á aquellos de nuestros amigos, que desde mucho tiempo há *bajan todos los dias* á la arena para defender los intereses de la Iglesia: con el mayor gusto *proclamamos nuestra admiracion hácia la infatigable fortaleza de espíritu y de corazon* que muestran diariamente en esa lucha sin tregua; pero juzgamos útil, al combatir á su lado y como ellos, colocarnos en otra fila y

para otro género de combate. El *Ami de la Religion* ha ocupado siempre en la milicia católica un puesto aparte, un puesto de reserva, que á ningún otro cede en intrepidez y abnegacion: este puesto es el que le corresponde, y no debe separarse de él largo tiempo, por mucho que su arrojo lo incite: no le convendría hacer otra cosa; porque al cabo, combatir y vencer en su puesto ha sido siempre y para todos el mérito principal del valor provechoso y de la fidelidad verdadera.—Militar, pues, *bajo la misma enseña*, cada cual con sus armas propias, con sus fatigas propias, con sus peligros propios; pues de cualquier manera, siendo *uno mismo el pensamiento* de todos, para todos será una misma la gloria, es decir, agruparse en derredor de la religion en el dia del peligro, y, si necesario fuese, rodearla con una triple fila de confesores y de mártires, muriendo á sus piés en el combate por ella. Si, *vosotros todos, nuestros amigos y hermanos*, unamos nuestros esfuerzos y nuestros corazones etc.»

Creemos haber plenamente justificado á la prensa religiosa seglar, y terminamos esta parte de nuestra tarea con la anterior apología, que sin duda nos protegerá en adelante contra nuestros críticos, á quienes enseña si hasta hoy hemos ó no cumplido nuestros deberes.

CARTA DIRIGIDA POR EL SR. DONOSO AL UNIVERS.

Sr. Director del *Univers*.

PARIS 25 de enero de 1855.

Muy señor mio: tengo entendido que un periódico religioso de esta capital ha publicado acerca de mis escritos algunos artículos, que por varias razones no he podido leer: mis ordinarias ocupaciones son tantas y tan graves, que el escaso tiempo que puedo destinar á la lectura, no lo consagro sino á los grandes maestros. Por otra parte, tampoco me asalta la desdichada idea de entrar en polémicas con nadie, y mucho menos con persona que me es de todo punto desconocida. Me basta, sin embargo, saber que se me acusa de haber cometido gran número de heregías para declarar, como declaro, que desde ahora y para siempre condeno todo lo que tenga condenado, condene y pueda en adelante condenar, en los otros ó en mí, la santa Iglesia católica, de la cual tengo á dicha ser hijo sumiso y respetuoso.

Quiero que conste que para hacer esta declaracion, no necesito que llegue á hablar la Iglesia misma, pues me basta que un solo hombre me acuse de error en materia grave. A semejante acusacion se me hallará pronto siempre á responder con aquella declaracion, y esto sin pararme